

Madrid 11-M

Juan Vazquez Estévez

Vice-Presidente SECP. Jefe Dpto. Pediatría y Cirugía. Hospital Gregorio Marañón. Madrid.

Hace unas semanas recibí la agradable invitación del Editor-Jefe de nuestra revista, el Dr. Vicente Rollán, para escribir un texto editorial. Es costumbre, así me hace saber, que el Presidente entrante inaugure su mandato con un artículo en la revista. Comencé mi tarea intentando tratar algún tema actual o desarrollar ideas de futuro, quizás alguna aportación novedosa que estimule a los jóvenes cirujanos o exprese algún camino de tendencias próximas. Sin embargo, durante el comienzo del trabajo sucedió un hecho estremecedor en la ciudad de Madrid, en nuestro país, y por ello no dudé en cambiar el rumbo de las ideas e intentar plasmar a través de nuestra revista un homenaje a las víctimas, a los heridos, al personal sanitario, a todos los voluntarios y colaboradores y, por supuesto, a los cirujanos pediátricos involucrados en estas amargas horas de dolor.

El pasado jueves 11 de marzo Madrid fue sacudida por el terrorismo y tuvo que enfrentarse de forma imprevista a la mayor catástrofe de estas características que ha vivido este país en toda su historia. La respuesta del pueblo de Madrid y de todos los servicios sanitarios ha sido excepcional. El Hospital "Gregorio Marañón", probablemente debido a su proximidad al lugar del atentado, tuvo que hacer frente, en un pequeño período de tiempo, a un gran número de víctimas de altísima gravedad.

El Hospital amanecía la mañana del jueves como un día más de alta saturación, 130 pacientes en la sala de urgencias pendientes de asistencia o ingreso, todos los quirófanos listos para realizar las 100 intervenciones programadas de la jornada, las unidades de cuidados intensivos al 80% de ocupación y en general un día frenético de ocupación hospitalaria. En un breve espacio de tiempo las urgencias recibieron una avalancha de 330 heridos, muchos de ellos de extrema gravedad y el Hospital se enfrentó a una dura prueba que jamás olvidará. La anticipación y la inmediata toma de miles de decisiones hace posible vaciar las urgencias literalmente de enfermos leves que, con la máxima cooperación, se dirigen a sus casas o a centros locales ambulatorios, se suspende de inmediato toda la cirugía programada y se da de alta a un innumerable volumen de pacientes, se habilitan unidades de despertar como unidades de cuidados intensivos, se

suspenden consultas externas para aprovechar todos los recursos, los Hospitales de Día se convierten en Salas de Urgencia, el personal de turno de noche se queda voluntariamente para participar y los que están haciendo uso de su día de libranza acuden al Hospital para colaborar.

En muy poco tiempo se llenan las salas de urgencia de heridos graves, múltiples quirófanos trabajan simultáneamente con los heridos del atentado, se realizan miles de actuaciones médicas, más de 100 TACs en una hora, se consume casi todo el almacenaje de anestésicos y mórnicos. El Hospital Infantil acompaña al Hospital General al unísono, en la sala de urgencias del Hospital General llegan también niños y adolescentes, y así un grupo de especialistas pediátricos, cirujanos, traumatólogos, anestésistas, intensivistas se desplazan al Hospital General y se incorporan a la tarea. Amputaciones, quemaduras, heridas de metralla, contusiones, hemorragias pulmonares y una letanía de heridas que algunos residentes expresaban de 'pesadilla' abarrotan las urgencias, las UVI y los quirófanos. Durante esas horas de angustia todos actuamos sin detenernos en nada, pues parece que no hay tiempo, y así 'a posteriori' me vienen a la memoria recuerdos imborrables, compañeros cirujanos pediátricos tratando adultos y niños, mujeres embarazadas con traumatismos abiertos, colocando un sin fin de tubos de tórax y vías venosas, comprimiendo hemorragias hasta la llegada del quirófano. Me emociona recordar a los mayores, ya cercanos a su jubilación, haciendo guardia en la urgencia esperando la siguiente oleada de ambulancias. La colaboración fue total. Los administrativos, esos señores que vemos habitualmente en sus despachos de medio tabique y que nos atienden de nuestros problemas laborales, sin recibir ninguna sugerencia, hacían cola para donar sangre, ésta era su mejor forma de colaborar. Algunos no dudaron en recoger material médico y regresar en las ambulancias al lugar del atentado para ayudar en primera línea. Otros se dedicaron a las familias para acompañarles en el pesar y en la angustia. Todos aguantamos con rabia el dolor que nos embargaba y llorábamos en silencio. Había jefes empujando camillas, enfermeras preparando sueros y medicación, administrativos buscando camas, psicólogos atendiendo a familiares, auxiliares buscando sábanas y

todos en un momento nos preguntábamos ¿por qué? ¿por qué esta barbarie?.

A la Urgencia del Hospital Infantil llegaban padres nerviosos con fotos de sus hijos preguntando por su localización. El Servicio de Informática preparó rápidamente una sala con 10 ordenadores, elaboró una base de datos y los estudiantes de medicina con conocimientos de informática se dedicaron a una tarea que facilitó enormemente el trabajo canalizando toda la información. El Servicio de Farmacia paralelamente preparó medicación y asistencia para las familias que fueron concentradas en el Salón de Actos y que se encontraba a rebosar. Empresas de equipamiento electro-médico acudieron con respiradores y monitores por si fuera necesario.

Sería muy prolijo narrar las ingentes labores que todo el personal sanitario ha desarrollado y, sin duda, esta experiencia me lleva a reafirmarme de que tenemos un nivel de capacitación profesional extraordinario. La respuesta generosa y humana da una dimensión de la grandeza de las personas que constituyen la Sanidad Pública. Y esta experiencia

que hemos vivido en un Hospital se repitió simultáneamente en otros muchos centros en la ciudad de Madrid.

Creo que tardaremos tiempo en olvidar esta experiencia, muchos han llorado de rabia y otros en silencio, el impacto emotivo va a necesitar de su tiempo de curación. Ya no olvidaremos a nuestros jóvenes pacientes, a Iván, Marta, Almudena, Adrián, Alvaro, Francisco, Eugenio, Francisco Javier, Juhain, Josefa, Verónica ... y tantos otros, pero también no olvidaremos a las enfermeras, al personal auxiliar, a nuestros pediatras, anestelistas y a los cirujanos pediátricos haciendo una excelente labor de alta capacitación profesional. A todos vosotros que nos llamasteis y que estuvisteis con nosotros desde la lejanía, a todos os enviamos nuestra más profunda gratitud.

Desde estas páginas y haciéndome portavoz de la Sociedad Española de Cirugía Pediátrica, quiero rendir nuestro sincero homenaje a las víctimas, a sus familiares, a los heridos, a las madres y los padres, y a todas las personas que han sufrido los estragos del terrorismo. Dios quiera que nunca jamás tengamos que enfrentarnos a una experiencia similar.